

Cuidados profesionales en el espacio doméstico: algunas reflexiones desde Brasil

Diálogo entre Jurema Brites y Claudia Fonseca

*Professional care at household: some reflections
from Brazil*

A Dialogue between Jurema Brites and Claudia Fonseca

Jurema Brites y Claudia Fonseca

Definiendo cuidado

Jurema Brites: En mi opinión, la categoría cuidado es utilizada de manera muy incipiente en Brasil. Se la ha trabajado tradicionalmente en el área de la salud, sobre todo en enfermería, desde una orientación sociológica estadounidense; en este campo, el cuidado ha sido pensado a partir de las prácticas culturales locales y se ha trabajado de una manera comparativa. Esta perspectiva puede generar una reflexión sobre las formas de cuidar que estamos tratando. En 2012 Helena Hirata y Nadya Guimarães publicaron una colección de textos titulada *Cuidado y cuidadoras*, que inauguró este debate en las ciencias sociales en Brasil. Dicho volumen reúne artículos, algunos escritos desde una perspectiva feminista, de investigadoras e investigadores brasileños, franceses, españoles y estadounidenses.

El tema de cuidados ha sido frecuentemente abordado en artículos, pero el concepto aparece más bien como una categoría descriptiva y no como una categoría que organice la reflexión en Brasil. Cuando examino algunas propuestas que han sido desarrolladas a nivel académico –desde una mirada muy parcial–, vemos que lo que plantean se refiere tanto al trabajo doméstico como a las actividades reproductivas, y se centra en la división sexual del trabajo. Entonces, cuando mis estudiantes me preguntan si el cuidado es una nueva terminología para describir el trabajo doméstico y las tareas reproductivas, intento reflexionar un poco con ellos. Concibo que el

Jurema Brites. Doctora en Antropología Social de la Universidade Federal do Rio Grande do Soul, sus intereses se han centrado en la investigación de temas relacionados con el trabajo doméstico, la familia y el cuidado, el género y las clases populares. Actualmente se desempeña como profesora e investigadora del departamento de Ciencias Sociales de la Universidade Federal de Santa María.

Claudia Fonseca. PhD de University of Montreal, cuenta con una trayectoria de más de 30 años de trabajo académico en torno a problemáticas del género, la adopción y la familia, y las políticas públicas referentes al cuidado de la niñez. Actualmente es profesora del departamento de ciencias sociales de la Universidade do Rio Grande do Soul y directora del doctorado en Antropología de la Universidad Nacional de General San Martín Argentina.

concepto de cuidado abarca más que las tareas reproductivas en la medida en que no está solamente ubicado en el espacio doméstico de los hogares, sino relacionado con el ámbito de servicios en general. De manera que hablar de cuidado implica tanto la atención que brinda una peluquera, esteticista, camarera, secretaria o, como Hirata y Guimarães anotan, el cuidado que presta la acompañante de un empresario en una cena. Así, intento reflexionar un poco con ellos, pensar junto con ellos, porque de hecho, yo todavía no utilizo esa categoría en mis investigaciones. Creo, sin embargo, que esta categoría representa algunas potencialidades, pues a mi entender el cuidado –tal como se desenvuelve en las tareas reproductivas– se inscribe también en una discusión proveniente de los estudios feministas que busca visibilizar las tareas invisibles del cuidado. Pienso que a veces la palabra cuidado está menos cargada de prejuicio que trabajo doméstico.

En verdad vengo pensando en los últimos años que la división sexual del trabajo sería uno de los grandes debates que se debería introducir en las ciencias sociales, en la antropología, incluso en el propio campo del feminismo. Es más, creo que se trata de un debate generacional. Es uno de los debates más significativos, más interesantes para tratar, sobre todo en la realidad brasileña actual, si se tiene presente además la nueva reestructuración de la legislación sobre trabajadoras domésticas. Esa discusión tal vez tenga una dimensión que nunca antes tuvo en la historia del Brasil y valdría la pena profundizar en ella.

164

La división sexual del trabajo

Claudia Fonseca: Yo entiendo la división sexual del trabajo, pero no entiendo a qué te referes con la cuestión generacional. ¿Puedes explicarlo?

Jurema Brites: Históricamente el movimiento feminista pensó la división sexual del trabajo como una estructura heteronormativa en donde la invisibilidad de las tareas atribuidas a las mujeres se hace efectiva. Yo creo que en la historia contemporánea que vivimos, con todas sus transformaciones afectivas, por lo menos si nos referimos a la sociedad brasileña, la invisibilidad del trabajo no se da solamente en la división hombre-mujer. Yo veo que existe una dimensión de protección de la niñez y de la adolescencia en Brasil, donde los jóvenes, sobre todo de las clases medias y altas, son sistemáticamente protegidos de las tareas domésticas. Ellos no hacen nada. Por lo tanto no se discute y no se politiza la existencia de ese trabajo entre niños y jóvenes. Y ¿por qué voy a exigir entonces que un adulto la politice? Por eso pienso que la educación, la politización de la vida íntima pasaría por una discusión no solo entre hombre y mujer como pareja, sino más bien a partir de una idea de familia, que incluya hermanos, primos abuelos, empleada doméstica. Yo creo que si nosotras expan-



diésemos el debate teniendo en cuenta la dimensión de sexo y generación podríamos ser mucho más efectivas en la idea de politización de esas relaciones dentro de la casa.

Claudia Fonseca: Me parece interesante acercarnos a esa separación radical entre cuidado, trabajo doméstico y afecto (más adelante hablaré sobre afecto y dinero). El trabajo doméstico no es visto como cuidado. El trabajo doméstico es frecuentemente visto como un trabajo manual, sucio, que no tiene nada que ver con el afecto o con el cuidado. Las madres cuidan a los niños, la familia cuida a las personas. Pero la idea de cuidar normalmente no incluye limpiar el baño, por ejemplo. Entonces, veo que es muy interesante esta perspectiva, en tanto afirmación política, pues permite conceptualizar el trabajo doméstico como una forma de cuidado.

Esto de alguna manera revalorizaría otras categorías de trabajo que acumulan una serie de estigmas, y no solamente la del trabajo doméstico, que es típicamente femenino. Voy a referirme a lo que comentabas; es decir, a que el concepto de cuidado simplemente no genera mucho interés entre nosotros, los antropólogos en Brasil. Hablamos de reciprocidad, podemos hablar de afecto, de dependencias, pero el cuidado en sí mismo es una categoría que resulta muy descriptiva. Al consultar bibliografía veo que es un concepto que interesa mucho a las colegas feministas sociólogas; Elizabeth Jelin, en Argentina, es un caso.

Al pensar de qué manera mis propias investigaciones abordan el tema de los cuidados, me acordé de una investigación que realicé sobre un programa de políticas públicas para cuidados en la temprana edad aquí en Brasil (Fonseca, 2012a). Se trata de un programa inspirado en un proyecto del Banco Mundial, que tuvo lugar también en África, Medio Oriente y otros países de Latinoamérica. Este proyecto, en lugar de buscar la creación de guarderías para permitir a las madres ganarse la vida y construir sus trayectorias profesionales de manera autónoma, trabaja con una filosofía que supone que las madres deben quedarse cerca de los hijos durante los primeros seis años pues, de acuerdo con los autores de este proyecto, es obviamente lo mejor para los niños. Para conseguir este objetivo, el Estado empleaba a monitoras, quienes debían pasar un tiempo en las casas de las madres con el fin de enseñarles a amar, a dar cariño y afecto a sus hijos. En otras palabras, operaba bajo la premisa de que las madres no saben amar a sus hijos. Las monitoras en general no tenían educación superior, no eran profesionales, enseñaban cosas más morales que técnicas. Este programa fue promovido por un médico de nuestra provincia –Secretario de Salud en aquella época– y tenía el respaldo de la Asociación Brasileña de Ciencia, representada por una comisión de matemáticos, médicos y otros científicos, todos hombres. El proyecto fue ‘vendido’ a distintas provincias en Brasil con el propósito de paliar la carencia de cuidados y enseñanza de calidad profesional para los niños en la temprana edad. Hice una investigación sobre este proyecto, porque realmente me dejó muy consternada y llamó la atención de mi lado feminista por todos los estereotipos que presentaba. Es entonces cuando entré en contacto con la literatura sobre el aspecto político de los cuidados en temas de niñez. Escribí algunos artículos sobre la moralidad materna y cómo esa moralidad conservadora que se aplicaba sobre las madres desde una perspectiva freudiana, superada pero promovida por ejércitos de hombres, acaba por penetrar nuestras políticas públicas. Felizmente, tenemos también un ejército de sociólogas feministas, mujeres que están velando constantemente por lograr guarderías y escuelas maternas de calidad. Al final, la política de guarderías no fue gravemente perjudicada, pero Brasil aún sufre de una carencia terrible de guarderías, especialmente para mujeres de renta baja.

Jurema Brites: Entonces, partiendo de esta percepción de Claudia sobre el cuidado y la cuestión de la maternidad, yo utilicé en mis investigaciones sobre trabajo doméstico la categoría de tareas reproductivas como reproducción estratificada. Se puede pensar esa categoría históricamente construida en Brasil a través, por ejemplo, de la esclava doméstica, que era esclava pero vivía dentro de la casa con sus patronas, los conocía, daba de lactar a sus hijos, cuidaba de todos ellos. Hay una descripción maravillosa de Gilberto Freire en la que narra cómo el ama de leche masticaba la comida del amo para que él no tuviera el trabajo de masticar su propia comida. Así, ella masticaba en su propia boca y colocaba lo masticado en la del amo. Brasil tiene una diversidad étnico-racial impresio-

nante, ¿pero no nos consideramos una sociedad mestiza! Y en parte por eso hoy en día en los hogares se percibe todo ese afán de separar a la empleada del ámbito familiar, ya que se considera que su cuerpo no es limpio y que las actividades que ella hace no son prestigiosas. Hay un excelente trabajo de Patricia Pinho que trata sobre la polución del cuerpo de las empleadas, y Felice Drouilleau habla un poco de eso también.

Relaciones afectivas

Jurema Brites: A mí se me ocurre un ejemplo. Hace tres o cuatro semanas hubo un fenómeno en las redes sociales aquí en Brasil. Una persona decidió buscar en Twitter las frases que aparecían cuando alguien escribía “empleada doméstica”. Esa persona coleccionó una serie de frases, eran confesiones, reclamos, quejas y se percibe que muchas de ellas eran escritas por adolescentes, que trataban a la empleada con términos que aludía a ella como si fuera un animal. Así, se hablaba de: “la bruta de mi empleada”, “la estúpida de mi empleada”, “¡la burra! Ha tropezado con el cable de la conexión de internet y me perdí el primer episodio de *Game of Thrones*”. Había uno que decía: “la bruta gorda, me gustaría arrancarle las tripas con un cuchillo, ha roto mi cuadro preferido”. Otro decía: “Hay una bruta que viene aquí a trabajar en mi casa, nordestina, ha arruinado mi jardín zen.” Asimismo, utilizan un conjunto de expresiones que creo son extremadamente interesantes si pensamos que se trata de una red social, donde tú no estás siendo observado, la identidad no está a la vista y existe una menor vigilancia ético-moral; los niños y adolescentes también pueden manifestar las cosas que piensan, ya que no son vigilados por la moralidad de los adultos, de modo que manifiestan realmente lo que se dice en el interior de sus hogares.

No obstante, en mi trabajo hice eco a otra dimensión, la dimensión positiva de la relación entre empleadas y niños. Los niños amaban tanto a las empleadas que se quedaban muy tristes cuando ellas se iban y aprendían con ellas muchas cosas sobre el cuerpo y la sexualidad. Las primeras enseñanzas sobre la vida doméstica que recibían eran de las trabajadoras domésticas, aprendían sobre la vida, sus detalles y secretos. Las empleadas domésticas también ofrecen un amor increíble a los niños que ellas cuidan. He visitado empleadas en sus hogares y he tenido ocasión de observar que en los cuadros que cuelgan de las paredes de sus casas había fotografías de los niños que ellas cuidaban. Y aunque la relación profesional hubiera terminado, ellas sabían más o menos la edad de cada niño para entonces, sabían detalles de la vida del niño. De hecho, me ha llamado mucho la atención esa inversión bilateral en las relaciones afectivas positivas; aquí me gustaría resaltar esas lógicas sociales y culturales de la inversión afectiva de estas mujeres en hijos que no son suyos, inversiones que estaban respaldadas por una práctica cultural que yo encontré en los trabajos de Claudia, que es la circulación de niños. Creo que Claudia podría hablar un poco de eso.

Claudia Fonseca: Es muy extraña la idea de que la persona no debe involucrarse emocionalmente en el trabajo, como sugieren algunas feministas y sindicalistas. A mí aquello me parece una actitud ‘masculinista’: la actitud de pensar que es posible y deseable una separación total entre el afecto y nuestras energías profesionales. Y aún más, tú que trabajas tanto con estas mujeres y hablas tanto de afecto, me parece que ellas mismas, por lo menos buena parte de ellas, dependiendo del tipo de trabajo que hacen, estarían horrorizadas con la idea de no involucrarse. Sería casi como restar alma al propio trabajo, porque son muchas las mujeres que me hablan con orgullo de la relación que tienen o tuvieron con los niños, en particular en la casa donde trabajan, y cuánto dependen los niños de ellas. Es algo que da un significado muy especial al trabajo de esas mujeres.

Y como dices tú, hay mucho que decir sobre la propia reciprocidad en la relación con los niños. Pienso por ejemplo en cómo, tanto aquí como en Europa, existían familias de clase alta, y también de la pequeña burguesía, que conseguían pagar a una persona de buena condición para entregarle la casa, y era esta persona la que se encargaba de cuidar de todo el mundo. Muchas de nuestras colegas brasileñas –de la generación que tiene hoy entre 45 y 55 años– tuvieron una cuidadora en casa que se quedó viviendo décadas y que ellas consideran más madre que la propia madre. Es una persona que continuó dentro de la casa hasta la vejez y cuyo cuidado se hizo responsabilidad repartida entre todos los niños que cuidó, en la medida en que fue una persona que pasó a formar parte de la familia. Obvio que no es lo típico, pues normalmente las empleadas domésticas eran y son echadas de casa a la primera oportunidad, pero hubo una generación y una clase social donde era posible y admitida una proximidad de esa naturaleza. En cierto modo se puede decir que estas mujeres ‘sacrificaron’ sus individualidades, sus propias oportunidades de tener una familia. Pero muchas veces, hacen ese sacrificio de todos modos y no reciben ningún reconocimiento.

Ahora bien, cuando se habla de la profesionalización en los últimos años, es interesante ver lo que ha cambiado. En particular, lo que veo es la existencia de muchas más mujeres que trabajan y viven en las casas de sus empleadores. La interina, como se la conoce en Brasil, es siempre sospechosa, como dice Jurema en sus artículos. Cualquier cosa que no funcione es culpa de la empleada doméstica que lo ha roto, que lo ha escondido. ¿Es peor ahora con la profesionalización? Es obvio que la reglamentación de este trabajo –ahora con salario mínimo, horarios establecidos y la posibilidad de exigir el cumplimiento de determinados derechos– incluye ganancias importantes. Pero, cómo hoy se establece el trabajo interino, lo que sucede es que la empleada gana más, pero la patrona tiene menos obligaciones, y esto también puede ocasionar pérdidas, especialmente en lo que se refiere a la consideración de las dimensiones sociales y afectivas del trabajo.

En todo caso, no es nunca una cosa u otra. Podemos escapar de esa manera simplista de formular el problema, si escuchamos de forma más atenta y tomamos en

serio a las personas inteligentes e involucradas que son las trabajadoras domésticas. Ellas no ponen en duda la importancia de los avances legales, pero hay muchas que también hablan de las dimensiones más subjetivas de su trabajo. Saben muy bien de las jugadas del poder y aun así hablan de la importancia del afecto, de la intimidad, de todas esas cosas.

Circulación de niños

Claudia Fonseca: Pero quisiera seguir con el tema de la circulación de los niños. La cuestión de la circulación de los niños siempre me ha fascinado porque es una cosa que parece transgredir la idea de familia nuclear. Parece que es una cosa que habla de madres insensibles, que abandonan sus hijos, dejándolos con otras familias. Hablo en términos generales de las familias pobres que no tienen cómo mantener a sus hijos y las madres los entregan a alguien, a veces pagando a veces sin pagar. Es una adopción informal, a veces es un arreglo con la familia acogedora, son entregados a otra mujer, también pobre, que acepta cuidar de esos niños y que muchas veces acaba siendo la segunda madre o la principal madre del niño. Así, hay arreglos muy comunes que se encuentran en las familias populares, donde una mujer cuando es joven y necesita trabajar, entrega a sus hijos más pequeños a otra señora para que los cuide. Después, cuando esa misma mujer se haya establecido, recibirá en su casa a los hijos de otra madre. De esa manera, encontramos en algunas familias en las que la madre cuida de diversos niños: algunos hijos suyos, junto con un sobrino, una prima, la hija de la vecina... Esa ‘circulación de niños’ puede ocurrir en circunstancias excepcionales, pero también a veces parece más rutinaria. Esa práctica no es siempre fácil. He escrito bastante sobre los problemas, las tensiones entre las diversas madres, por ejemplo. Pero también es una práctica que habla de generosidad, de maneras de compartir los cuidados de la nueva generación. Me acuerdo siempre de una señora que me explicaba por qué recibió a su sobrina-nieta en casa para vivir junto a sus otras cuatro hijas: “donde come un burgués comen dos o tres”. La idea es “¿cómo yo no voy a acoger a esos niños que lo necesitan?” y estos niños acaban siendo parientes, se convierten en hijos de esas familias.

Ahora bien, uno de los problemas es que muchas veces esa circulación también involucra la asimilación de niños que acaban siendo tratados como desiguales dentro de la familia –como pequeños empleados domésticos–. Acaban asumiendo el nombre de “criados” (el mismo término que se usa para empleado doméstico), porque las personas hacen una distinción. Jessaca Leinaweaver (2008) habla mucho de esos casos en Perú, de estas niñas que llegan con una edad en que pueden ser útiles en la casa de acogida. Asumen tareas pesadas, terminan criando a los niños menores de la casa. De modo que es un tipo de trabajo infantil. Son hijos de crianza, con toda la ambivalen-

cia que entraña el término. Son hijas de la casa y quizás tengan una situación un poco mejor que en las familias de origen, pero quizás sean tratadas como esclavas domésticas, no como iguales. Le comenté a Jurema que recibí un libro la semana pasada, muy interesante, de la historiadora Alessandra Moreno (2013), sobre hijos de crianza e hijos adoptivos en el Brasil colonial, es decir, en el siglo XVIII e inicios del siglo XIX. Y ella describe cómo había muchos niños que no habían nacido en una familia y eran criados por una pareja o por una madre soltera, y que esos niños muchas veces reivindicaban la herencia de la madre de crianza. En los tribunales se debate sobre si estos niños tienen derechos o no, si son hijos o más bien empleados. Ese libro nos enseña que en los diccionarios de la época, la propia palabra familia hacía referencia a todas las personas que vivían en la misma casa, sin distinción. Sin embargo, esto no quiere decir que todos los miembros de la familia tuvieran los mismos derechos. Lo interesante es que muchas veces había en la casa hijos de crianza con estatus muy distinto entre ellos. Nadie tenía una relación consanguínea con la dueña de la casa, pero uno de los niños cuidaba de la casa y el otro no. Era como si este último fuese hijo propio de la dueña de casa con todos los privilegios. Lo que mostraba la diferencia entre los dos tipos era el trabajo de cuidar; el niño que cuidaba de la casa no esperaba herencia, sabía que era solo un pequeño empleado. En el caso del otro, el hecho de ser cuidado lo constituía en un verdadero hijo. Era la propia naturalización de la desigualdad de ‘clases’.

170

Jurema Brites: Siguiendo las ideas de Claudia, retomo el tema de cómo he utilizado la circulación de los niños en mi propio trabajo. Decía que en una lógica de reproducción estratificada, las tareas reproductivas dentro de los hogares eran distribuidas en términos de género, de clase, de etnia-raza entre patronas y empleadas, es decir, estableciendo ya –como dice Suely Kofes– una diferencia mujer-mujer, para no romantizar las relaciones entre mujeres. Una distinción que creo que es muy importante. Sin embargo, la lógica cultural de las trabajadoras domésticas que vino de una práctica de cuidar siempre de los hijos ajenos, las colocaba en una situación de extrema disponibilidad para promover el propio trabajo de las patronas. El hecho de que haya otra mujer dentro de tu casa, haciendo las tareas reproductivas, cocinando, limpiando, cuidando de tus hijos, hace que tengas la oportunidad para una promoción social, que puedas ser una estudiante universitaria, invertir en tu carrera profesional, e invertir incluso en la promoción social de tus hijos.

Aun cuando esta trabajadora doméstica estuviera compartiendo estas tareas con la patrona, los hijos de ella y ella misma no tendrían iguales oportunidades de promoción social. Esa es la cuestión que intento mostrar en mis trabajos, que vamos reproduciendo la desigualdad dentro de la división de las tareas reproductivas mediante un lenguaje que también está repleto de afectos, afectos positivos al igual que de exclusiones y afectos negativos, por ejemplo cuando aparece los estereotipos del “cuerpo

sucio” o “la empleada es la que roba”. Todo el tiempo se acusa a las trabajadoras; son un chivo expiatorio no solamente de hechos concretos, a veces me parece que la trabajadora doméstica es un *locus* desde donde se puede expurgar cosas malas de uno mismo. Los hombres, los propios maridos, hablan mal de las trabajadoras domésticas cuando están enfadados por cualquier cosa. Entonces hay esa lógica moral dentro de las familias brasileñas de clase media que yo veo muy interesante.

Claudia Fonseca: Una persona que ha estudiado esto en Brasil ya hace tiempo es Donna Goldstein (2008), una antropóloga estadounidense que comentó muchas cosas sobre la reproducción estratificada. Es una idea importante, pues se refiere a la reproducción de una situación de desigualdad. La cosa es muy diferente cuando es una clase entera, madre a hija, la que sigue asegurando ese trabajo de cuidado: la clase trabajadora. Me hace pensar en lo que nosotras aprendemos estudiando la circulación de los niños desde una perspectiva histórica. Por ejemplo, en Inglaterra en la época tudoriana, es decir en el siglo XVII, cuando no había escuelas o universidad, el 40% de todos los jóvenes salían de casa con 12, 13 años, para ser empleados domésticos en otra casa. No eran solamente pobres, como se suele decir siempre, y tampoco solamente mujeres. Eran jóvenes pasando por un momento en el ciclo de vida cuando debían aprender cosas nuevas, ampliar sus horizontes. Era lo que se esperaba en todas las clases sociales, incluso en la nobleza. Es interesante porque llega un momento de la vida en el que toca cumplir determinadas tareas o incluso aprender una profesión.

Sin embargo, me parece que es algo distinto cuando es una profesión de la cual no consigues salir y tampoco tus hijos lo logran, cuando no es solo una etapa de la vida o una alternativa reflexionada y elegida –por ejemplo, cuando el cuidado se torna en un tipo de casta, un trabajo relegado al grupo subalterno–. Creo que es esto lo que está en el fondo del resentimiento en la relación entre patronas y trabajadoras domésticas. Es que quizás nosotras las mujeres patronas estamos sembrando una semilla viciada, porque en el fondo la desigualdad está en la falta de opciones. En Brasil es difícil encontrar personas que por opción entren en el trabajo doméstico. Sin embargo, quisiera volver un poco sobre una de las dimensiones del cuidado que merece algo de detenimiento.

Afecto y dinero

Claudia Fonseca: Quisiera volver a la cuestión de la circulación de los niños, para observar la manera cómo se jerarquizan los tipos de maternidad –cuestión que me deja políticamente muy insatisfecha–. Hay una tendencia a considerar a los padres que adoptan como salvadores de niños. Son personas en general de la clase media o media alta en Brasil –hoy quizás un poco menos– pero, en todo caso, son los que logran ir a un juzgado para hacer una adopción legal (porque muchas personas de las

capas populares no van al juzgado, no entienden los procedimientos, tienen miedo a ser recusados). Sin embargo, las familias adoptivas son generalmente muy aceptadas, son admiradas. Hay campañas para adopción de niños ‘abandonados’.

En Brasil casi nunca conseguimos, o por lo menos en una escala muy pequeña, organizar familias de acogimiento, familias acogedoras, *foster families*, que son muy comunes en los Estados Unidos y en Europa. Son familias pagadas, que reciben un subsidio, donde se forman vínculos afectivos y relaciones duraderas. Estas familias son siempre vistas como sospechosas porque reciben una paga por cuidar un niño (Fonseca, 2011). Esto me inquieta, porque hay muchas familias que yo conozco, incluso en los grupos populares, que aceptan niños para cuidar por afecto y a veces no consiguen quedarse con estos niños porque realmente se quedan completamente sin recursos. Sin embargo, eso no impide que acojan a niños y lo hagan con muy poco apoyo. Con un poco de ayuda y algunos subsidios se encontraría una mina.

Me parece que entre las diversas opciones para cuidar de niños que no pueden ser cuidados en sus familias de origen, está bien que existan variadas alternativas, y que las familias adoptivas sean una opción entre otras. En ciertos casos, por causa de la edad del niño, la situación de su familia de origen u otras consideraciones, un *group home* (con profesionales, monitores) o una familia de acogimiento sería una opción más adecuada. Sin embargo, insisto que en Brasil esas familias de acogimiento son vistas como muy sospechosas porque hay una idea muy aristocrática del cariño. Esa idea consiste en que el afecto verdadero, el amor y el cariño no se mezclan con el dinero. Se trata obviamente de una actitud hipócrita y absolutamente no realista. Todas las relaciones tienen que ver con posibilidades materiales (y, en particular, en nuestra sociedad, con el dinero): pero cuando se trata de familias de poca renta que necesitan apoyo financiero, inmediatamente son vistas como mercenarias, como ‘prostitutas’ en términos de maternidad –que es un tema que no alcanzo a tratar aquí–.

Creo que el cuidado está atravesado por actitudes muy aristocráticas ligadas al amor, el afecto y la atención. Hay una idea de que cuidar a los niños debe ser un servicio abnegado y de total dedicación, que aparece siempre relacionado con la cuestión, obvia, de ser mujer. Sin embargo, las mujeres que son abnegadas y que se dedican enteramente a ello, sabemos que vienen de un modelo burgués de familia, donde existe un *bread winner* que asegura el apoyo material, que ‘libera’ a su mujer para que pueda dedicarse al hogar. En verdad, ese modelo hace referencia a una pequeña parcela de la población en una época particular de nuestra historia. Es evidente que la perspectiva que insiste en idealizar ese modelo resulta conveniente para moralizar los comportamientos de las familias que no lo siguen y si pensamos en las familias acogedoras, este modelo ayuda a justificar la discriminación contra las personas que necesitan de apoyo financiero. Se trata de una perspectiva asociada a la estratificación de clases, muy conveniente inclusive para menospreciar a determinados cuidadores y a determinadas capas populares que hacen eso “solo por el dinero” o, por lo menos, esta es la acusación.

Ética del cuidado

Claudia Fonseca: Ahora que me puse una vez más a hacer investigaciones etnográficas en los barrios populares, me quedé impresionada. ¡Cuántas familias están con una persona dependiente a cargo! Una persona con una enfermedad mental, con secuelas de graves de alguna enfermedad e incapaz de llevar una vida autónoma. En relación con estas familias, lo que es importante es el subsidio que viene del gobierno. Ese subsidio permite un grado de cuidado, inclusive dentro de la propia unidad doméstica. El subsidio otorgado por el gobierno da un estatus digno a la persona que es dependiente. Insisto, siempre ha habido personas dependientes en las familias de baja renta, es el caso de personas mayores por ejemplo, incluso porque no había otro lugar donde colocarlas. Hay mujeres, por ejemplo, que al mismo tiempo que crían a sus hijos pequeños y trabajaban fuera para el sustento de la familia, también deben encontrar una manera de cuidar a su madre (o abuela), que sufre de Alzheimer y necesita cama, ropa, comida y vigilancia especial. En esas circunstancias, la falta de dinero no ayuda en nada a las relaciones afectivas. En suma, los cuidados hacen parte de las relaciones sociales, pero los cuidados con todas sus dimensiones: pragmáticas, afectivas, psicológicas, económicas y demás.

173

Jurema Brites: Con respeto a la dimensión ética de los cuidados, prefiero hablar sobre las relaciones más situadas, como propone Viviana Zelizer, para observar siempre las lógicas locales, porque tengo miedo de que los principios éticos abstractos pasen por encima las dimensiones más ricas de la sociedad. En la paradoja de las relaciones sociales también se encuentra la creatividad de los grupos como, por ejemplo, en relación con la cuestión de la circulación de los niños, que es una forma de cuidado no institucionalizada, que no responde a la perfección romántica, pero que apoya la vida de innumerables niños, de innumerables mujeres y que garantiza la vida de muchas familias. Es esto lo que me parece importante: mirar las dimensiones locales, cómo se estructuran y aprender de lo que queda invisibilizado, pero aprender también de las potencialidades que cada caso nos presenta para pensar.

Bibliografía

- Brites, Jurema G. (2007). "Afecto e desigualdade: gênero, geração e classe entre empregadas domésticas e seus empregadores". *Cadernos Pagu*, Vol. 1: 91-110.
- Drouilleau, Felicie (2011). Parenté et domesticité à Bogotá. Disertación doctoral École des Hautes Études en Sciences Sociales, Francia.
- Goldstein, Donna (2003). *Laughter Out of Place: Race, Class, Violence and Sexuality in a Rio Shantytown*. Berkeley: University of California Press.

- Hirata, Helena y Nadja Guimarães (2012). *Cuidados e Cuidadoras. As várias faces do trabalho do care*. San Pablo: Atlas.
- Leinaweaver, Jassica (2008). *The circulation of children: Kinship, adoption, and morality in Andean Peru*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Moreno, Alessandra Z. (2013). *Vivendo em lares alheios: filhos de criação e adoção em São Paulo colonial e em Portugal (1765-1822)*. San Pablo: Fapesp/Anablume.
- Fonseca, Claudia (2012). "Tecnologías globales de la moralidad materna: políticas de educación para la primera infancia en Brasil contemporáneo". En *Infancias: políticas y saberes en Argentina y Brasil Siglos XIX y XX*, Isabella Cosse, Valeria Llobet, Carla Villalta y María Carolina Zapiola (Coords.). Buenos Aires: Teseo.
- _____ (2011). "Profit, Care and Kinship? The De-kinning of Birthmothers". En *Procreación, crianza e género: Aproximaciones antropológicas a la parentalidade*, 191-212, Virginia Fons, Anna Piella y Maria Valdes (Coords.): 191-212. Barcelona: PPU (Promociones y Publicaciones Universitarias).
- _____ (1998). *Caminos de Adopción*. Buenos Aires: Eudeba.
- Fonseca, Claudia, Diana Marre, Anne Uziel y Adriana Viana (2012). "El principio del 'interés superior' de la niñez tras dos décadas de prácticas: perspectivas comparativas". *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. XVI, N° 395: 1.